

rio más de ciento veintidos millones." 1

En presencia de estos hechos prodigiosos, y en pie sobre los lugares mismos que fueron teatro de ellos, dejó pensar á cada uno lo que puede y lo que debe sentir el viajero. El hombre siente oprimido su corazón al seguir paso á paso los largos circuitos de esta vía dolorosa, húmeda con sangre y lágrimas, por donde pasaron sucesivamente los pueblos del Oriente y del Occidente, mutilados, despojados y encadenados al carro triunfal del orgullo y de la crueldad romanas: el cristiano busca una iglesia para ir á expresar todo su reconocimiento al Dios libertador, cuya cruz rompió el cetro de hierro que pesaba sobre el mundo: el hombre, y cristiano, al recuerdo de lo que éramos y de lo que seríamos todavía, no encuentra palabras para calificar á aquellos que en su delirio impío se atreven á ultrajar al cristianismo, al cual debemos todo lo que somos.

#### 27 DE ENERO.

Consistorio público en el Vaticano.—Cinco cardenales más.—Tradicion del sombrero.—Anécdota.—Vuelta al Forum.—Segunda página del triunfo.—Mercado de esclavos.—Suerte de los esclavos entre los Romanos.

Otra fiesta triunfal nos llamaba al Vaticano. Ayer habíamos visto á la antigua Roma exaltando hasta el paroxismo el orgullo de sus triunfadores; hoy nos era dado ver á la Roma cristiana enseñar á sus príncipes la abnegacion y la humildad más completas. En el Capitolio, un esclavo estaba obligado á repetir al vencedor: "Acuérdate que eres hombre." En el Vaticano, el Vicario de Jesucristo decía á los príncipes nuevamente elegidos:

1 Patercul., II, 56; Appiam. de Bell. civ., 802.

"Acordaos de que debeis consagraros á los hombres vuestros hermanos, hasta la efusion de sangre." Cinco cardenales, creados algunos dias ántes por Gregorio XVI, recibian hoy el sombrero rojo, signo misterioso de su dignidad. Hé aquí algunos pormenores sobre aquella augusta ceremonia, tan diferente, en su espíritu, de las pompas de la víspera.

El salon ducal del Vaticano estaba magníficamente adornado; en el fondo se levantaba el trono en que estaba sentado el Santo Padre, que tenia á derecha y á izquierda al sacro Colegio; á la entrada de la sala estaban los recién elegidos; asistíamos á un consistorio público. Uno de los protonotarios apostólicos leyó algunas piezas relativas á la beatificacion de un santo, cuyo nombre he olvidado. Acabada la lectura, los recipiendarios vinieron sucesivamente á prosternarse á los piés del soberano Pontífice, quien les abrazó y les puso en la cabeza el sombrero cardenalicio, pronunciando esta notable fórmula: "Recibid este sombrero rojo, signo de la dignidad del cardenato, y que os obliga á consagraros al bien de la Iglesia y de los fieles, hasta la efusion de sangre." 1 El Santo Padre no hizo mas que poner el sombrero en la cabeza de cada cardenal, y éste lo puso en manos del maestro de ceremonias, pues por la tarde debía llevarseles ese mismo sombrero solemnemente á los príncipes de la Iglesia.

Antes de hablar de esta brillante fiesta, debo agregar que, en un consistorio secreto, el Santo Padre "cierra la boca" á los cardenales que acaba de crear; esto signi-

1 Ad laudem omnipotentis Dei, et sanctæ Sedis Apostolicæ ornamentum, accipe galerum rubrum, insigne singularis dignitatis Cardinalatus, per quod designatur quod usque ad mortem et sanguinis effusionem inclusive pro exaltatione sanctæ fidei, pace, et quiete populi christiani, augmento et statu sacro-santæ romanæ Ecclesiæ te intrepidum exhibere debeas, in nomine Patris, etc.

fica que no tienen todavía voz deliberativa en las asambleas del sacro Colegio; más tarde "les abre la boca," es decir, que despues de haber consultado á los antiguos cardenales, declara á los nuevamente electos, hábiles para votar con sus colegas 1. Noviciado y profesion, útil enseñanza para todos; hé ahí lo que debe verse en esta doble ceremonia. Además, la promocion no es completa sino por la tradicion del anillo y la designacion del título. El cardenal ausente de Roma, debe jurar al recibir el birrete, que se trasladará en el término de un año "ad limina apostolorum," so pena de perder su dignidad 2.

Los cinco cardenales elegidos eran sus Eminencias: Acton, Vanicelle, Corsi, Schwarzenberg, sobrino del generalísimo de las tropas austriacas en 1214, y Monseñor Massimo. Este último pertenece á la familia de los príncipes Massimo, una de las más ilustres de Roma y que pretende descender de "Fáblio Máximo." Se nos contaba á este propósito la anécdota siguiente: Cuando el emperador de Austria vino á Milan, hace algunos años, á tomar la corona de hierro, el Santo Padre mandó una diputacion á cumplimentarle, y de ella formaba parte el príncipe Massimo, hoy cardenal. Se habia hablado al emperador de la pretension de aquella familia: "Tengo curiosidad, dijo el príncipe, de ver á un descendiente de los antiguos Romanos." En la audiencia se dirigió á Monseñor Massimo, y le dijo: "Vuestra familia pretende descender de Fáblio Máximo; esta genealogía ¿es cierta?—Todo lo que puedo decir á Vuestra Majestad, respondió el embajador, es que así se cree en Roma hace dos mil años"

1. Aperimus vobis os, tam in collationibus quam in conciliis, atque et electione summi Pontificis, et in omnibus actibus, tum in consistorio quam extra, ad cardinales spectant, et quos soliti sunt exercere, in nomine, etc.

2 Constit. de Sixto V, Postquam, etc.

Miéntras el sacro Colegio se dirigía á la capilla Sixtina para cantar el "Te Deum" en accion de gracias, nosotros dejamos el Vaticano. La fisonomía de la ciudad anunciaba la proximidad de una fiesta. En todos los países, al nacimiento de los príncipes, árbitros futuros de los destinos de los pueblos, se hacen grandes rigocijos. Aquí los cardenales son los príncipes de la sangre, y esta tarde nacia cinco! Al "Ave María" hubiérais visto los edificios iluminados, numerosas orquestas delante de los palacios de los nuevos príncipes, un pueblo inmenso en las calles y en las plazas, brillantes carruajes surcando entre la multitud y llevando á los embajadores, á los príncipes, á todo lo que Roma contaba de extranjeros de distincion, hácia la morada de los cardenales, á quienes iban á ofrecer felicitaciones y homenajes. Gracias á Monseñor B... nosotros fuimos de la fiesta, y visitamos sucesivamente á los cinco elegidos del sacro Colegio.

Nada tan brillante como la iluminacion de sus palacios. Los dibujos más variados y graciosos encantaban la vista y hacian creeren algunos encantamientos de la Edad Média. Una escalera verdaderamente real, cubierta con ricos tapices, iluminada por una doble línea de cirios de cuatro piés de altura y de un grueso proporcionado, conducía al "Piano novile," ó primer piso del palacio. Entre dos ileras de lacayos y de suizos de gran librea roja, listada de blanco y azul, y que tenian en la mano cirios gigantescos, se llegaba al umbral de los salones. El cardenal no lleva en ese dia más insignia de su nueva dignidad que el solideo rojo. El resto del traje se compone de una levita negra á la francesa, de un pequeño manteo de seda del mismo color y de la misma longitud que la levita; de un calzón corto y medias negras. El está en la puerta de su habitacion, en pie y con el sombrero en la mano; llegais, os saluda y

os dirige algunas palabras; pasais más lejos, y tomais partè de la conversacion general; en cuanto á él, permanece en su puesto; así lo exige la costumbre que le prohíbe igualmente sentarse durante la reunion. Al salon del cardenal sigue la sala del trono; ésta es una pieza ricamente decorada, en donde se encuentra, de rigor, el retrato del Santo Padre. Abajo del retrato y vuelto hácia la pared, está un gran sillón exclusivamente reservado al soberano Pontífice.

Entretanto se esperaba con impaciencia el sombrero que debía ser llevado con gran pompa. Como á las siete salió del Vaticano un coche del Papa que conducia á dos prelados domésticos encargados de llevar la insignia del cardenalato. Entraron llevando el sombrero en un plato de plata, y habiéndolo depositado en una mesa detrás de la cual estaba el cardenal, uno de los prelados le dirigió una locucion propia del caso. El nuevo electo repondió y recibió, despues de salir los mensajeros de la gracia, las felicitaciones de todas las personas presentes, á quienes se obsequió con helados, que nos parecieron oportunos, á pesar de que estábamos en pleno invierno. Esta fiesta, notable por el buen gusto y la noble sencillez que en ella reinó, tiene, como la mayor parte de las solemnidades romanas, el privilegio de elevar el alma á los más altos pensamientos. Ver todo lo que el mundo tiene de más poderoso y de más rico, rendir homenaje á los príncipes de esta Iglesia, en otro tiempo oculta en las Catacumbas de esa misma Roma, y perseguida por los grandes y por los Césares de aquellos tiempos, ¡qué extraño espectáculo! Entre los triunfos del Capitolio y las elecciones del Vaticano, hay un abismo, y este abismo no ha podido llenarse, sino con el mayor de los milagros.

## 28 DE ENERO.

Segunda parte del triunfo—Mercado de esclavos.—Condicion del esclavo.—Empleos.—Tratamientos.—Esclavos fugitivos.—Castigo.

Antes de ayer habiamos leído la primera página de la historia de los triunfos; habiamos visto á las naciones despojadas y encadenadas marchar al Capitolio; sus riquezas, sumergidas en los vastos tesoros de la reina del mundo ó arrojadas como pasto á su pueblo de sybaritas; habiamos asistido á la muerte ignominiosa de Simon, hijo de Gioras, que habia pagado con su cabeza, como la mayor parte de los reyes y de los generales vencidos, su valerosa oposicion á la dominacion romana. Pero ¿qué se ha hecho de todo aquel pueblo de prisioneros, destinados como él á adornar el triunfo de Tito? Inmóviles al pié del Capitolio, esperaban con estupor el decreto de los Césares. Habrá sido dulce sin duda, porque Tito es llamado las delicias del genero humano. A fin de juzgar por nosotros mismos, nos dirigimos á buena hora al «Forum» romano; y abriendo los autores de aquellos tiempos, vimos lo que sucedia al día siguiente de los triunfos; ésta es la segunda página de su historia, ó más bien, el repugnante reverso de la brillante medalla.

Y bien, ¿qué sucedia con los prisioneros notables? los que no eran inmolados ni á Júpiter Capitolino, ni á los manes de los vencedores, se les guardaba en una prision, no en Roma, sino en alguna ciudad fuerte del interior 1. En cuanto á aquellos á quienes su rango ménos distinguido, su influencia personal ó su extrema juventud no les hacian temibles, se les concedia «algunas veces» la libertad 2. Más frecuentemente

1 Tit. Liv., XLV, 42; Polyb., XVI, 5.

2 Appian, *de bell. Mithrid.*, p. 418.

se les daba por prision Roma, en donde confundidos entre la multitud de los ciudadanos, debian proveer por sí solos á sus necesidades 1. Véamos ahora cuál era la suerte de los prisioneros vulgares, es decir, de las poblaciones enteras, llevadas como un vil botín.

Con el fin de apreciar el respeto del paganismo hácia la humanidad, quisimos seguirles en las diferentes facies de su existencia, desde el día de su llegada al pié del Capitolio, hasta el momento de su muerte. Unos eran destinados al anfiteatro, y debian divertir al pueblo-rey con el espectáculo de sus dolores. Otros estaban destinados á la esclavitud y á ser vendidos en almoneda; y el producto de la venta iba á enriquecer el tesoro del imperio 2.

Hácia el centro del «Forum» no lejos de la «Grecostrasis», de la cual están aún en pié algunas ruinas, se levantaba el templo de Castor y de Poyux 3; allí tenia lugar el gran mercado de esclavos. Los trahentes revendian allí en pormenor la carne humana que habian comprado por mayor á la república 4. Aquí fueron vendidos nuestros padres, nuestras madres, nuestros hermanos y nuestras hermanas, por que ni la edad ni el sexo se tenian en cuenta; la victoria se habia hecho la proveedora general de la servidumbre 5. Al día siguiente del triunfo, en toda la longitud de la fachada del templo y de los pórticos vecinos, habíanse levantado cadalsos y en ellos se veian hombres, mugeres, jóvenes de ambos sexos, niños y niñas 6. Todos en un estado casi completo de des-

1 P. *Æmil.*, 59.

2 Tacit., *Hist.* III, 34; Tit. Liv., VI, 4; Plutarch., *M. Cato* 43; Tit. Liv., c. V, 53; Valer. Max. VI, 5, 1.

3 Senec., *de Consol. sapient.*, 13.

4 Tit. Liv. II, 17, *Cic. ad Attic.*, IV, 6; id. *Halycarn.* IV, 6; id. *de Bello Gall.* VII, 89.

5 *Cæs. de Bell. Gall.*, III, 13; Plutarch., *M. Cato*, 43.

6 Plin. XXXV, 18, etc., etc.

nudez, tenian un pequeño rótulo suspendido al cuello; algunos llevaban en la cabeza un gorro de lana blanca, y otros una corona de hojas. La mayor parte tenian los piés desnudos y frotados con creta ó con yeso 1.

Un hombre de un rostro innoble y de un aire brutal y grotesco, se paseaba delante de cada cadalso, y dirigiéndose á la multitud con una volubilidad y una seguridad imperturbable, exclamaba: «Nada me obliga á vender, ciudadanos; yo no soy rico, es verdad, pero á nadie debo nada. Otro no os los venderia á ese precio, y yo no los daria á otros, sino á vosotros, ilustres Romanos. Hé aquí, continuó, designando á un jóven; examinad cuán bello es; qué bien formado de los piés á la cabeza; os garantizo su frugalidad, su probidad, su docilidad; obedece á la menor señal; es como la arcilla de que se puede hacer todo lo que se quiere. Sabe algo de griego y os cantará tambien en la mesa aun cuando no haya música.» Luego, golpeándole en las mejillas, decia: «¡Oid como suena! ¡qué carne tan firme! nunca la enfermedad hará presa aquí. Ciudadanos, yo lo daré por ocho mil sestercios; esto es casi nada» 2.

Pasando en seguida á otro muchacho: «Vamos, tú, le decia, haz ver tu gentileza á los señores del mundo;» y el pobre muchacho se ponía á saltar, á dar vueltas, á brincar en el tablado y á hacer mil arri-macos para tentar á la multitud que le miraba. «¡Es listo! ¡es bonito! ¡es gracioso!» añadía el hombre. «Pero entrad á mi taberna, ciudadanos, y vereis lo mejor. Esto no es más que la muestra; todo lo que tengo de más raro, de más bello, de más delicado, de más admirable, está en mis ta-

1 Senec., *Ep.* 45; *Aul. Gell.*, IV, 2; id., VII, 4; Tit. Liv., XXIV, 16; *Aul. Gell.*, id.; Plin., XXXV, 17 *Juv.*, VIII, 1; V, III.

2 Horat. *Epist.* II, 2, vers. 2; *Digest.*, XXI, tit. I, leg. 19, 2; Pers., *Sat.* V, 77.